



Portable Audio Lit

Oscar Lin Inzunza

GOLPE BAJO

GOLPE BAJO
OSCAR LIN INZUNZA

Portable *indieLit*



© 2021, Oscar Lin Inzunza

©Primera edición 2021 por Indie Media Editores, S.A. de C.V.
Guanajuato 224, Interior 205, Colonia Roma Norte,
Ciudad de México, C.P. 06700

Portable Publishing Group LLC,
30 N Gould St, Ste R, Sheridan, WY 82801,
Estados Unidos de América.



www.editorialportable.com

Grupo Editorial Portable® es una editorial con vocación global que respalda la obra de autores independientes. Creemos en la diversidad editorial y en los nuevos creadores en el mundo de habla hispana. Nuestras ediciones digitales e impresas, que abarcan los más diversos géneros, son posibles gracias a la alianza entre autores y editores, con el fin de crear libros que crucen fronteras y encuentren lectores.

La reproducción, almacenamiento y divulgación total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el pleno consentimiento y permiso por escrito del autor y de la editorial, quedan expresamente prohibidos. Gracias por valorar este esfuerzo conjunto y adquirir este libro bajo el respeto de las leyes del Derecho de Autor y *copyright*.

ISBN: 978-1-953540-74-4

Impreso en México - *Printed in Mexico*

INDICE

INDICE

DIA UNO: LUNES

DÍA DOS: MARTES

DÍA TRES: MIÉRCOLES

DÍA CUATRO: JUEVES

DÍA CINCO: VIERNES

DÍA SEIS: SÁBADO

DÍA SIETE: DOMINGO

DÍA OCHO: LUNES.

DÍA NUEVE: MARTES

DÍA DIEZ: MIÉRCOLES

DIA UNO: LUNES

Corría una leve brisa y el tráfico, que era poco, marchaba normal en la carretera. Sin embargo, en algún punto del camino los autos empezaron moverse más lentamente debido a la actividad policiaca en una construcción.

Eduardo manejaba el taxi, y con él iba su hija Patricia, que se encaminaba a la escuela secundaria.

En un semáforo que ya marcaba en rojo había un grupo de personas que hacían señas para parar el taxi. Entre ellas, un joven de catorce años llamado Everardo.

El taxi frenó y el joven se acomodó en el asiento trasero. Desde allí vio por el espejo del parabrisas el rostro de Patricia.

“Sin duda es ella”, pensó.

Titubeante, tocó su hombro derecho. Patricia reaccionó de inmediato volteando hacia él.

—¿Eres tú? ¿Patricia, la Patito?

Patricia lo miró con asombro y esbozó una sonrisa de alegría.

—¿Everardo, eres tú? ¡Qué gusto verte! ¿Cómo estás?

—Sí, soy yo, el mismo. ¡La verdad, qué gusto me da verte! ¿Cómo has estado?

Patricia no le quitaba la vista de encima al joven, aunque esto implicara torcer el cuello hacia atrás.

—Bien, gracias a Dios. De camino a la escuela, a punto de terminar segundo de secundaria y deseando que ya termine. ¿Y tú dónde estás?

—Bueno, estudio en un colegio privado, también en segundo. Vivo en el fraccionamiento que está enfrente del lugar en donde abordé el taxi. Allí vivo desde que salimos de tercero de primaria.

—¡Órale! ¡Qué bueno! Me imagino que te ha ido bien. Yo tengo muy buenos amigos y amigas y voy bien en las calificaciones. En fin, todo marcha muy bien. Bueno, sin dejar de lado a mi familia, que es excelente —dijo esto último tocando el hombro de su padre.

Dejando de lado la alegre emoción de reencontrarse con su amigo, dejó entrever un dejo de tristeza.

—¿Te acuerdas de Jorge?, ¿el Jojojo?

—Claro, sí, lo recuerdo.

—Él murió hace un año. Supuestamente se suicidó, pero a nosotros todavía no nos queda muy clara esa teoría.

Patricia llegó a su destino y descendió del taxi junto con la mayoría de los pasajeros, a excepción de Everardo y otro joven.

Antes de irse, le dio un abrazo y un beso a Eduardo.

—Hasta luego, padre mío. Cuídate mucho. Nos vemos en la noche.

—Claro que sí, princesa. Pórtate bien, tremenda.

—Okey, padre —dijo sonriéndole pícaramente.

—¡Everardo, me dio mucho gusto volver a verte! Espero que nos volvamos a encontrar.

—Gracias, Patricia, igualmente, y claro que sí.

A unos cinco pasos de donde Patricia había descendido del taxi, había un local que vendía comida ligera: sandwiches, licuados, jugos naturales y ensaladas de frutas. Lo atendía una joven llamada Mayte, de veinte años de edad. Patricia la conoció cuando entró a primero de secundaria y se habían hecho excelentes amigas, a pesar de la diferencia de edad.

Patricia alzó su mano y lanzó un chiflido desafinado para saludarla.

—Buenos días, Maytevi —así le decía en lugar de decirle “Mayte, ya te vi”.

Mayte le regresó el saludo haciéndole una señal para que se acercara, al tiempo que sacaba un vaso mediano lleno de frutas.

—Ten, Patricia, sé muy bien que no has desayunado.

Patricia, con vergüenza, tomó el vaso con las frutas que le ofrecía Mayte, después de todo aún había tiempo para llegar a la escuela.

—¡Ay, mujer! ¡Estás igual que mi adorada madre! Pero muchas gracias —le dijo.

Mayte se acercó y le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—De nada, mi casi hermana, a ti hay que tratarte como a una niña. Quisiera ser tu madre, pero solo tengo veinte.

—¡Nooo! —respondió Patricia, fingiendo asustarse—. Con una me alcanza. Aunque agradezco mucho tu preocupación.

—No es nada, para eso estamos, Patito.

Una vez que terminó de comer, tiró el vaso a la basura.

—Bueno, amiguísima, muchísimas gracias. Me voy, ya es tarde.

Abrazó a Mayte y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta luego, tremenda, cuídate mucho —le dijo Mayte.

Cuando Patricia salió del comercio, tuvo que detenerse abruptamente debido a que seis jóvenes —muy jóvenes, por cierto— venían de sur a norte corriendo como rayos por la banqueta, perseguidos por tres patrullas. Dos de ellos cruzaron la calle transitada sin pensarlo, por lo que el sonido de los claxones de los automóviles se empezó a escuchar intensamente. De entre los tres jóvenes que llevaban mochila, dos las arrojaron a un depósito de basura colocado por el gobierno municipal. Sin esperar a que cambiara la luz del semáforo, se lanzaron a cruzar el bulevar. Intentaban escapar a toda costa de las patrullas que los perseguían.

Mayte, asustada por todo aquello, vio que Patricia seguía parada en la entrada de la tienda y la tomó del brazo para introducirla nuevamente a su pequeño comercio.

—¡Muchacha, no te quedes parada allí! —le dijo.
—¿Qué está pasando? —preguntó Patricia, asustada.
—¡Nada! —contestó Mayte—. ¡Que estos malandros y tiradores ya nos tienen hasta el tope!
—¿Pero por qué? ¿Siendo así de jóvenes? —preguntó Patricia.
—No sé qué pensar de ti. Eres o muy optimista o muy inocente. Ya terminó, amiguita, ya es seguro. Vete, o llegarás tarde —dijo Mayte.

La chica emprendió de nuevo su camino, salió del local cautelosamente y tomó un taxi.

Al llegar, se apuró a cruzar el puente. El tiempo la apremiaba. No solo ella, sino también el resto de los alumnos caminaban a prisa. Algunos incluso iban corriendo. A otros, en cambio, al parecer les daba lo mismo llegar tarde o temprano, por lo que iban como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Mientras subía los escalones del puente, Patricia escuchó la voz de su mejor amiga, Betty.

Betty era una chica adolescente, también de catorce años. La clásica niña súper divertida y extrovertida, a la que no la incomoda ni averguenza prácticamente nada. Con una mente muy despierta para su edad, superaba al resto de los jóvenes, pero al mismo tiempo era inocente en demasía y tenía grandes sentimientos.

—¡Hola, estrellita! ¡Ay, mijita, tú sí que corres, pareces correcaminos!

—Pues si ya es bien tarde, no podemos perder tiempo.

Patricia esperó que Betty llegara hasta donde ella estaba y ambas se saludaron con un caluroso abrazo y un beso.

—¿Cómo te fue el fin de semana, Betty? —le preguntó mientras reanudaban su trayecto, ascendiendo por el puente.

—¡Muuuy bien! ¡Si supieras! Este fin de semana me encantó. Todo el domingo me la pasé con Rogelio en la

playa, ¡imagínate!

—Nnnnooo, nnnnooo, nooooo me lo quiero imaginar, tú, Rogelio, la playa, solos... mejor lo dejamos así.

Betty le propinó un golpe ligero en la cabeza con la palma de su mano.

—¡Mente cochambrosa! Fuimos con mi mamá, con su mamá y con el resto de su familia, ¡no pasó nada!

Siguieron platicando mientras cruzaban el puente.

—¡Imagínate! —expresó Patricia—. No, no, no; y tú dejando espacio a la imaginación.

—Oye, eso sería excitante, buena sugerencia, mi amigaza.

Ambas se ahogaron en risas, Patricia no quiso arruinar su alegría contando su mala experiencia de minutos antes. Sus carcajadas provocaron que los demás estudiantes las miraran como a un par de locas que decían incoherencias. Pero ellas eran auténticas, transparentes, y no dejaban que ningún complejo o sentimiento amargara su vida.

En el sitio de taxis, Eduardo platicaba con su grupo de compañeros. Luego, mientras seguía esperando su salida, se dirigió a la señora Elizabeth, o doña Ely, como le decían con cariño. Ya hacía cuarenta años que ella atendía su negocio de tamales y champurrado.

—Doña Ely, buenos días, ¿cómo está usted?

—Muy bien, Eduardo, gracias a Dios.

—En verdad que me da mucho gusto. Por favor deme lo de siempre.

—Claro que sí, hijo, aquí tienes.

Eduardo prácticamente devoró los tamales y el champurrado.

—Esto está riquísimo, doña Ely. Debería darle la receta a mi esposa.

—Pues gracias por el elogio, pero te quejes así de tu esposa.

—Nooo, ¿cómo cree? Yo amo a esa mujer.

—Muy bien, hijo, así debe ser.

Eduardo, que estaba concentrado en la plática con doña Ely, sintió unas palmadas en la espalda. Era el Chory, su amigo de toda la vida.

—Mi gran compañero, Eduardo. ¿Cómo estás, viejo? ¿Qué tal el fin de semana?

—Muy Bien, mi Chory, estuvo excelente, gracias a Dios. Con el inconveniente de tener puras mujeres en casa, ya sabes, te toca hacer el trabajo más rudo y sucio, de ahí en fuera todo bien.

—Perfecto. Oí la noticia de unos muertos que aparecieron cerca de tu casa, en los locales en construcción.

—Sí, vi actividad policiaca pero no supe bien qué era, ni si se trataba de muertos. Pero la verdad es que la inseguridad está desatada. Hay de todo, malandros robando casas y carros, consumiendo y vendiendo droga. Bueno, está hecho un desorden total.

—¿Te acuerdas del Tramposo, mi primo? —preguntó el Chory con tristeza.

—Claro que me acuerdo, mi Chory.

—Él es uno de los muertos. El otro cuerpo es el de su chava.

—¡Ay, mi Chory! En verdad lo siento mucho, no lo sabía —lo tomó con una mano por el hombro izquierdo, para consolarlo.

—Ya ves, era como mi hermano, crecimos juntos. Fue criado por mis padres, pero se metió en problemas desde que se juntó con esa mujer. ¡Por más que le advertimos, no quiso entender!

—Sí, esa mujer lo trastornó totalmente. En varias ocasiones le aconsejé que mejor se quedara solo.

—Lo primero que hizo fue inducirlo a las adicciones. Después otras cosas hasta... bueno, hasta terminar como terminó.

—Es tan fácil caer y dejarse llevar, más aún cuando son personas muy allegadas y queridas quienes te llevan. Hubo un breve silencio, hasta que intervino doña Ely.

—Es muy duro, pero ten la seguridad de que Dios te dará todo el consuelo que necesitas. Ánimo y échale muchas ganas, hijo.

—Muchas gracias, doña Ely —contestó el Chory.

El despachador le indicó al Chory que tenía que salir. Su taxi tenía el cupo de pasajeros lleno.

—Bueno, Eduardo, nos vemos a la vuelta. Cuídese, doña Ely.

—Ánimo, mi hermano, que esto no te tumbe.

—Yo sé que pasará.

El Chory fue hacia su taxi, lo puso en marcha y se perdió en el tráfico del centro de la ciudad.

Rebeca, esposa de Eduardo, terminaba sus tareas domésticas cuando escuchó toquidos en la puerta. Al observar por la mirilla pudo distinguir a María, que estaba haciéndole ruiditos a los periquitos colgados en su jaula, a un costado de la puerta.

—¡María! ¿Cómo estás? Pásale.

—Bien, Rebeca, gracias, visitándote —se dieron un abrazo y un beso en la mejilla—. Ya tenía algunos días que no te miraba.

—La verdad que sí —dijo Rebeca, mientras daba espacio libre para que entrara a casa—. Ya me tenías bastante olvidada, incluso me estaba preocupando.

—Perdón, amiga, no lo vuelvo a hacer.

Ambas se dirigieron a la cocina.

—Solo no te fijes en el tiradero que han dejado las niñas.

—Pero si está ordenado, amiga. ¿Cuál tiradero?

—Tú siempre tan discreta, siéntate, ándale.

—Esta silla me gusta, está bien cómoda.

—Sí, es la preferida de Eduardo. ¿Gustas una taza con café?

—Claro que sí, muchas gracias, ¡me caerá muy bien!

Rebeca acercó la cafetera, que ya tenía agua hervida, y agarró dos tazas. Se sentó a la mesa.

—¡Ay, María! Se acerca el fin del curso escolar y toca preparar las cosas, el vestuario para el baile de las niñas y como tiro de gracia, el gasto.

—Fíjate que sí. Oye, hablando de baile, ¿podrás hacer el vestido para Sandra?

—Ya sabes que sí, mujer, eso no se pregunta, se afirma.

—Ya sé, pero tampoco quiero abusar, tú tienes trabajo que hacer y otras obligaciones.

—Siempre tendré tiempo para ti, eres como mi hermana y lo sabes.

—En verdad que sí lo sé, ¡siempre tan buena conmigo! Muchas gracias —esbozó una sonrisa a la vez que le dio un trago a su taza de café.

—¡Qué rico! Ya me hacía falta un cafecito, tengo un mes sin tomar.

—¿Estás enferma, te espanta el sueño o te pasa algo?

—Nada de eso, solo por llevar una dieta que incluye abstenerse de café.

Rebeca negó con la cabeza.

—Ay, mujer, tú y tus dietas, pero bueno, tú sabrás —Rebeca hizo un ademán con su mano derecha indicando un cambio de plática—. Oye a todo esto, ¿qué sabes del muerto que apareció en la colonia?

—Pues lo mismito que tú, querida, es un desconocido que solo vinieron a tirar aquí. Parece que les gustó nuestra zona para depósito de cadáveres.

Rebeca se quedó pensativa por unos segundos, como no dando crédito a lo que su amiga le contaba.

—O sea que no es de los de aquí. Ay no, ya de por sí hay tantos malandros robando y asaltando para conseguir su dosis, incluso algunos de ellos vendiendo, y ahora esto.

—Pues todo eso pasa, pero el muertito no es de los nuestros.

—Las cosas ya no son como antes, María. Cuando éramos niñas andábamos por todas partes sin que nos pasara nada.

—Pues sí, Rebe, eso era antes, los tiempos cambian y la gente también.

En la escuela, sin embargo, todos estaban preocupados por el resultado de los exámenes.

—Estos exámenes la verdad es que me ponen los pelos de punta y el estrés a todo lo que da —se quejó Betty—. Todavía no logro desenredar este nudo que tengo en el estómago.

—No te quejes, Betty, no estuvo tan mal.

—¡Para ti, estrellita! Yo no sé cuál será mi calificación. La mayoría de las preguntas las contesté haciendo “de tin marín, de do pingüé”.

—Pues hubieras estudiado en vez de irte a la playa con tu novio.

—Ya sé —Betty puso cara de angustia, pero inmediatamente le vino una sonrisa pícara—. ¡Pero ni modo! Por lo menos me divertí muchísimo.

Patricia volteó a verla asombrada y boquiabierta.

—Pues a ver si cuando truenes te diviertes igual, mijita —le dio un golpecito con su mano extendida en la cabeza a Betty—. Entonces vas con tu novio y le dices que te pase de año.

Se levantaron para ir a los salones de clases.

—¡Qué dramática, señorita! —observó a Patricia con cara de asombro— Pero bueno, hablando de otra cosa, ¿sabes quién era el muerto que apareció en la colonia?

—La verdad es que no sé —contestó Patricia—, pero estoy segura de que no es ninguno de los malandrines de la colonia, y lo malo es que tampoco son los de aquí en la escuela, como el Cabezón, el Rulas o el Feto.

—Ay, mijita, cómo los quieres —Betty movió su cabeza en señal de desaprobación.

—Tú bien sabes, amiguita, que son de lo peor. Rateros, adictos y distribuidores.